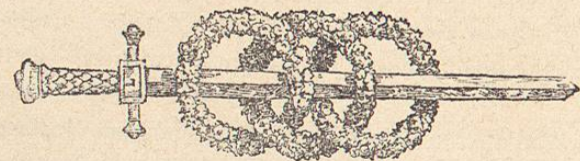


del contrato social. Desde el instante en que ingresando en un cuerpo nada reservo de mí mismo, renuncio por este solo hecho á mis bienes, á mis hijos, á mi Iglesia, á mis opiniones. Dejo de ser propietario, padre, cristiano y filósofo. El Estado es quien me sustituye en todas estas funciones. En lugar de mi voluntad, hay desde entonces la voluntad pública, es decir, en teoría, que de hecho hay la voluble arbitrariedad de la mayoría computada por cabezas, la arbitrariedad inflexible de la asamblea, de la facción, del individuo que detenta el poder público. Bajo este principio, la infatuación se desbordará por todas partes. Desde el primer año, Gregoire dirá al tribunal de la Asamblea constituyente: «Si nosotros quisiéramos, podríamos cambiar la religión, pero no queremos.» Un poco más tarde se querrá hacerlo, se hará, se establecerá la de Holbach, luego la de Rousseau y aún se atreverán á más. En nombre de la razón representada é interpretada únicamente por el Estado, se someterá la empresa de destruir y rehacer, con arreglo á la razón y sólo á ella, todas las costumbres, las fiestas, las ceremonias, los trajes, la era, el calendario, las pesas, las medidas, los nombres de las estaciones, de los meses, de las semanas, de los días, de los lugares y de los monumentos, los

nombres de pila y los apelativos, los títulos de urbanidad, el tono de los discursos, la manera de saludar, de presentarse, de hablar y de escribir, de tal manera que el francés, como antiguamente el puritano ó el cuáquero, refundido hasta en su esencia interior, manifiesta por los menores detalles de su accionado y de su exterioridad, la dominación del principio omnipotente que le renueva y de la inflexible lógica que le dirige. Esta será la obra final y el triunfo completo de la razón clásica. Instalada en cerebros mezquinos y que no pueden contener dos ideas juntas, va á convertirse en una monomanía fría, ó furiosa, encarnizada en el aniquilamiento del pasado que maldice y en el establecimiento del (*millenium*) que persigue, todo ello en nombre de un contrato imaginario anárquico y despótico á la vez que desencadena la insurrección y justifica la dictadura, todo ello para ir á parar á un orden social contradictorio que tan pronto se parece á una bacanal de energúmenos, como á un convento espartano, todo ello para sustituir al hombre existente, duradero y formado lentamente por la historia con un autómatas improvisado que se cuarteará por sí mismo, así que la fuerza exterior y mecánica que le formó no le sostenga ya.



LIBRO IV

PROPAGACIÓN DE LA DOCTRINA

CAPITULO PRIMERO

Éxito de esta filosofía en Francia.—Ningún éxito de la misma filosofía en Inglaterra.—Causas de esta diferencia.—El arte de escribir en Francia.—En esta época es superior.—Sirve de vehículo á las ideas nuevas.—Los libros están escritos para la gente de mundo.—Los filósofos son gente de mundo y por consiguiente escritores.—Por esto la filosofía desciende á los salones.—Gracias al método, se hace popular.—Merced al estilo se hace agradable.—Dos aderezos propios del siglo XVIII, la licencia y el chiste.—Arte y procedimientos de los maestros.—Montesquieu.—Voltaire.—Diderot.—Rousseau.—*Las bodas de Figaro*.

THEORÍAS análogas han cruzado á veces por la imaginación de los hombres, y más de una vez cruzarán aún por ella. En todas las épocas y en todos los países, basta que un cambio importante se introduzca en el concepto de la naturaleza humana, para que de rechazo, se vean germinar inmediatamente la utopía y la invención en los campos de la religión y de la política. Pero esto no basta para que la nueva doctrina se propague, ni mucho menos, para que de la especulación pase al terreno de la aplicación. Nacida la filosofía del siglo XVIII en Inglaterra, no pudo en ella desarrollarse, la fiebre de destrucción y reconstrucción quedó allí superficial y fué momentánea. Deísmo, ateísmo, materialismo, excepticismo, ideología, teoría del regreso á la naturaleza, proclamación de los derechos del hombre, todas las temeridades de Bolingbroke, Collins, Toland, Tindal y Mandeville, todos los atrevimientos de Hume, Hartley, James Mill y Bentham, todas las doctrinas revolucionarias fueron en ella plantas de invernáculo, cerradas aquí y allá en los gabinetes aislados de algunos pensados:

res: al aire libre, abortaron tras una corta florescencia, bajo el peso de la concurrencia harto considerable de la antigua vegetación á la que ya el suelo pertenecía. (1)

En Francia, por el contrario, el grano importado de Inglaterra vegeta y pulula con un rigor extraordinario. Desde la Regencia está en flor, puesto que el *Edipo*, de Voltaire, es de 1718, sus *Cartas sobre los ingleses* de 1728 y que *Las cartas persas*, de Montesquieu publicadas en 1721 contienen en germen todas las ideas importantes del siglo. Como una especie favorecida por el suelo y el clima, invade todos los terrenos, acapara el aire y el sol para sí solo y apenas si permite á su sombra algunos engendros de una especie enemiga, un superviviente de una especie antigua como Rollin, una especialidad de una flora excéntrica como Saint-Martin. Por medio de sus grandes árboles, por medio de sus espesos talla-

(1) «Who born within the last forty years has read a word of Collins and Toland, and Tindal and that whole race who called themselves free thinkers?» (Burke *Reflexiones sobre la revolución francesa*, 1790.)

res, por medio del ejército innumerable de su espesura y de sus plantas pequeñas, por medio de Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Diderot, de Alembert y Buffon, por medio de Duclos, Mably, Condillac, Turgot, Beaumarchais, Bernardino de Saint-Pierre, Berthelemy y Thomas; por medio de la multitud de sus periodistas, de sus compiladores y de sus charlatanes, por medio de la aristocracia y del populacho de la filosofía, de la ciencia y de la literatura, esa semilla llena la academia, el teatro, los salones y la conversación. Todas las figuras elevadas del siglo son retoños suyos y entre ellas hay algunas que corresponden á las más elevadas que ha podido producir la especie humana. Y es que la nueva semilla cayó en un terreno á propósito, esto es, en la patria del espíritu clásico. En este país de inteligencia razonadora no encuentra ya las rivales que la ahogan al otro lado del canal de la Mancha, y adquiere inmediatamente no sólo la fuerza de la savia sí que también el órgano de propagación que le faltaba.

I

Este órgano es «el arte de la palabra, la elocuencia aplicada á los asuntos más graves, el talento de esclarecerlo todo.» «Los buenos escritores de esta nación, dice su mayor adversario, expresan mejor las cosas que los de las demás naciones...» «Sus libros enseñan poco á los verdaderos sabios» pero «con el arte de la palabra es con el que se reina sobre los hombres» y «la masa de los hombres continuamente rechazada del santuario de las ciencias por el estilo seco y el gusto detestable de las (otras) obras científicas, no resiste á las seducciones del estilo y del método francés.» Así, el espíritu clásico que proporciona las ideas da también su vehículo, y las teorías del siglo XVIII son como esas semillas dotadas de alas que vuelan por sí mismas hacia todos los terrenos. Entonces no había libro alguno que no se escribiera para la gente de mundo y hasta para las mujeres del mismo. En las conversaciones de Fontenelle sobre la *Pluralidad de los mundos*, el principal personaje es un marqués. Voltaire compone su *Metafísica y su Ensayo sobre las costumbres*, para la señorita del Chatelet, y Rousseau su *Emilio* para la señora de Epinay. Condillac escribe el *Tratado de las sensaciones*, según las ideas de la señorita Ferrand, y da consejos á las niñas respecto del modo de ver su *Lógica*. Baudeau dirige y explica á una señora su *Cuadro económico*. El más profundo de los escritos de Diderot es una conversación de la señorita de le Espinasse con de Alembert y Bordeu,

y sus cartas sobre los *Ciegos* y los *Sordo-mudos* están dirigidas en todo ó en parte á mujeres. En medio de su *Espíritu de las leyes*, Montesquieu había insertado una invocación á las musas. Casi todas las obras salen de una reunión y es siempre una reunión la que de ellas ha tenido las primicias antes que el público. Bajo este concepto, es tan fuerte la costumbre que al finalizar el año 1789 subsiste aún; las arengas que van á declamarse á la Asamblea nacional, son así mismo trozos heroicos que se recitan anticipadamente ante las señoras de la reunión. Según puede verse en la *Correspondencia del gobernador Morris* (en ingles), II, 89 (24 Enero 1790), el embajador americano, hombre práctico, explica á Washington con seria ironía, la graciosa ostentación académica y literaria que precede al torneo político y público. «Los discursos se leen anticipadamente en una pequeña reunión de jóvenes y mujeres, entre las cuales hay, por regla general, la bella amiga del orador ó la mujer que desea convertir en tal; y la reunión otorga muy atentamente su aprobación á menos que la señora que en ella domina encuentre algo censurable, en cuyo caso, naturalmente, el autor reforma su obra, pero no digo que la mejore.»

Nada tiene de sorprendente el que con semejantes costumbres los filósofos de profesión se conviertan en hombres de sociedad. Nunca ni en parte alguna lo fueron tan habitualmente ni en tal alto grado. «Aquí, dice un viajero inglés, el placer principal para un hombre de ciencia y de ingenio es el de reinar en el círculo brillante de la gente á la moda (1).»

Al paso que en Inglaterra se entierran sombríamente entre sus libros viven á parte y no figuran en la sociedad sino á condición de «prestar un servicio político,» el de periodista ó folletista á las órdenes de un partido, en Francia, cenar todas las noches fuera de casa, y son el adorno y el atractivo de las reuniones donde van á charlar (2).

(1) *A comparative view* etc. by John Andrews (1785). Arturo Young I, 123. «Compadecería cordialmente al hombre que creyera ser bien recibido en un elegante círculo de Londres, sin contar más que con su título de miembro de la Sociedad Real. No así en París respecto de un individuo de la Academia de Ciencias; en todas partes está seguro de una excelente acogida.»

(2) «Hallaba en París á los de Alembert, los Marmontel, los Bailly en casa de las duquesas; esto era un inmenso beneficio para ellos y para ellas... Entre nosotros, cuando un hombre se echa á escribir libros se le mira como si renunciara lo mismo á la sociedad de la gente que gobierna que á la sociedad de la que se divierte... A parte de la vanidad literaria, la existencia de vuestros de Alembert y de vuestros Bailly era tan alegre como la de vuestros señores (Stendhal, *Roma, Nápoles y Florencia*, 337, relato del coronel Forsyth).

Entre las casas en que se dan comidas, no hay ninguna que no tenga su filósofo titular y algo más tarde su economista, su sabio. En las correspondencias y en las memorias se les sigue el rastro de salón, en salón, de castillo en castillo, Voltaire en Cirey; en casa de la señora del Chatelet, luego en su casa, en Ferney donde tiene un teatro y recibe toda la Europa. Rousseau en casa de la señora de Epinay y en la de M. de Luxembourg; el abate Barthelemy en la de la duquesa de Choiseul, Thomas, Marmontel y Gibbon en casa la señora Necker; los enciclopedistas en las grandes comidas de de Holbach, en las sabias y discretas de la señora Geoffrin, en el saloncito de la señorita de Lespinasse, todos en el gran salón oficial y central, esto es: la Academia francesa donde cada recién elegido va á hacer ostentación de estilo y á recibir de la pulcra sociedad, su título de maestro en el arte de discuir. Semejante público impone á un autor la obligación de ser escritor en mayor grado aún que filósofo. El pensador está obligado á meditar sus frases tanto por lo menos como sus ideas. No se le permite que se limite á ser hombre de estudio. No es un simple erudito metido entre infolios al estilo alemán, un metafísico enterrado en sus meditaciones, teniendo por oyentes estudiantes que toman notas y por lectores hombres de estudio que consienten en tomarse esta molestia, un kant que se fabrica una lengua particular, espera que el público la aprenda y no sale de su despacho sino para ir á la cátedra en que explica sus cursos. Aquí, por el contrario, en materia de palabras todos son expertos y hasta maestros. El matemático de Alembert publica pequeños tratados de elocución; el naturalista Buffon pronuncia un discurso sobre el estilo; el legista Montesquieu compone un ensayo sobre el gusto; el psicólogo Condillac escribe un volumen sobre el arte de escribir. En esto consiste su mayor gloria; la filosofía les debe su entrada en el mundo. Ellos la sacaron del gabinete, del cenáculo y de la escuela para introducirla en la sociedad y en la conversación.

II

«La señora mariscal, dice uno de los personajes de Diderot en la *Conversación de un filósofo con la mariscal de...*, necesario será que yo tome las cosas con alguna elevación.—Con tanta como queráis siempre que pueda comprenderos.—Si no me entendéis será por culpa mía.—Esto es favor, pero es necesario que sepáis que no he leído nunca sino un libro de devoción.» Pero ello no importa, y la alegre

señora, bien conducida va á filosofar sin saberlo, á encontrar sin esfuerzo alguno la definición del bien y del mal y á fallar sobre las más elevadas doctrinas de la moral y de la religión. Tal es el arte del siglo XVIII y el arte de escribir. Diríjese uno á personas que conocen muy bien la vida, y que la mayor parte de las veces no conocen ni la ortografía, que tienen curiosidad por todo y no están preparadas para nada; se trata de hacer penetrar hasta ellas la verdad. Nada de términos científicos ó sobrado abstractos; ellas sólo toleran los términos usuales de la conversación. Y esto no es ningún obstáculo, es más fácil, con este vocabulario, hablar de filosofía que de precedencias y de pingajos. Porque en toda cuestión general existe alguna noción capital y sencilla de la que depende lo demás, las de unidad, de medida, de masa, de movimiento, en matemáticas; las de órgano, función y vida, en fisiología; las de sensación, dolor, placer y deseo, en psicología; las de utilidad, contrato y ley en política y en moral; las de anticipo, producto, valor y cambio, en economía política, y así sucesivamente en las restantes ciencias; nociones deducidas todas ellas de la experiencia usual, de donde se sigue que apelando á esta experiencia y por medio de algunos ejemplos familiares, con cuentecitos, anécdotas y cortos relatos que pueden ser agradables, pueden reformarse estas nociones y precisarlas. Una vez hecho esto, casi queda hecho todo; porque ya no hay más que guiar al oyente paso á paso y de grada en grada hasta las últimas consecuencias. «Señora mariscal, ¿tendrá V. la bondad de acordarse de su definición?—Me acordaré, pero ¿llamáis á eso una definición?—Sí.—¿Esto es, pues, filosofía?—Y excelente.—¿Y yo he filosofado?—¿Cómo se hace prosa, sin pensarlo?—Lo demás es cuestión de raciocinio, es decir, de modo de conducirse, de buen orden en las preguntas, de progresos en el análisis. De la noción así renovada y rectificada se hace brotar la verdad más inmediata, de esta, una segunda verdad contigua á la primera y así sucesivamente hasta el fin, sin otra obligación que el cuidado de adelantar paso á paso y el de no omitir ninguno de los intermediarios. Con este método puede explicarse todo, hacerlo comprender todo hasta á las mujeres, y aún á las mujeres de sociedad. Este método es el que en el siglo XVIII forma toda la sustancia de los talentos, toda la trama de las obras maestras, toda la claridad, toda la popularidad, toda la autoridad de la filosofía. El es quien formó los *Elogios*, de Fontenelle, *La Filosofía ignorante* y el *Principio de acción*, de Voltaire, la *Carta á M. de Beaumont* y *El vicario saboyano*, de Rousseau, *El*